



EL RINCÓN DE LA ACADEMIA

Ahora que debatimos sobre el impacto ambiental por el crecimiento de la capital colombiana, la Editorial de la Universidad Jorge Tadeo Lozano presenta **"La urbanización en Bogotá entre 1830 y 1930. Un proceso difícil"**, libro de **Éiber Berdugo Cotera** que da una lección de historia. Salomón Kalmanovitz, economista y profesor de la institución, lo valora en el prólogo: "En la literatura sobre el desarrollo industrial en Colombia existen estudios de Antioquia, Barranquilla y Cali, pero son escasos los que se han focalizado en Bogotá, con la gran excepción de la investigación de Frank Safford (1965) 'Comercio y empresa en la Colombia central' y algunos más que el autor de la presente examina crítica y exhaustivamente. La contribución

de Berdugo es la de profundizar el análisis en sus épocas más desconocidas, como fueron la de la protoindustria durante el siglo XIX, los incentivos que introdujo la regeneración (1886-1899) y los más serios que desplegó el general Reyes (1905-1909) después de la Guerra de los Mil Días, y las correspondientes a las dos décadas siguientes (1910-1930). Explica que el despegue de la industria como tal se dio a partir de 1920, cuando el país disfrutaba de una larga bonanza cafetera y se abrió al mundo para recibir inversiones y préstamos. Introduce el análisis de los procesos de urbanización de Bogotá que se manifiestan en especial después de 1870 y da cuenta de los progresos que obtiene el país en materia de transporte".

Sin sombra de dudas



PIEDAD BONNETT

LA CARTA DE AMLO EXIGIÉNDOLE a España que pida perdón a los pueblos indígenas por el daño que les ocasionó la Conquista es fácilmente susceptible de ser caricaturizada o interpretada como un gesto oportunista. Lo primero porque, como ya han argumentado, los hechos históricos no se pueden descontextualizar, y no tenemos hoy la misma visión de los derechos humanos que hace 500 años. Y lo segundo, porque se puede conjeturar que AMLO sólo está haciendo un gesto espectacular para la gradería. Pero las cosas tal vez no sean tan simples.

Pedir perdón puede ser un mero formalismo e incluso una burla, como sabemos en estos tiempos de postconflicto. Pero puede ser también un acto simbólico de profundas repercusiones, una lección histórica, a pesar de que el gesto sea extemporáneo. En el 2000, por ejemplo, el presidente alemán Johannes Rau pidió perdón ante el Parlamento de Israel por la responsabilidad de su país en la muerte de seis millones de judíos durante el periodo nazi. Y en 2013, la reina Isabel II de Inglaterra "perdonó" al científico Alan Turing, quien en 1952 fue condenado a la cárcel por ser homosexual, pena que él cambió voluntariamente por la castración química, triste elección que lo llevó al suicidio a los 41 años. El ministro de Justicia Chris Grayling reconoció que fue "una sentencia que ahora se consideraría injusta y discriminatoria". En realidad, una importante declaración de respeto e igualdad por la comunidad gay.

La carta de AMLO resulta pertinente ahora que la Minga indígena protesta y bloquea la carretera panamericana. Lo obvio ya se ha dicho: los pueblos indígenas siguen padeciendo problemas de salud, educación, pobreza y falta de oportunidades. Y reiteradamente el Estado ha incumplido sus promesas. Pero habría que añadir que a los indígenas se los sigue viendo o desde el desprecio o la indiferencia o desde la idealización. Para muchos, según los viejos prejuicios, son ignorantes, maliciosos, insaciables y violentos. Para otros, en cambio, versiones del buen salvaje, seres pacíficos por naturaleza, impermeables a la corrupción. Y ni lo uno ni lo otro. Las dos visiones los infantilizan, propician paternalismos, y les niegan su calidad de ciudadanos iguales a los demás.

Los indígenas han sufrido duras violencias – recordemos, nada más, los horrores de la masacre de la Chorrera – y han luchado con dificultad por mantener sus tradiciones, sus saberes ancestrales, sus creencias, y una relación muy sabia con la naturaleza que los "blancos" perdimos hace mucho. De ahí que les preocupe, más allá de la recuperación de tierras, problemas como el fracking, la minería ilegal, la deforestación, y la explotación incompasiva con el medio ambiente de las grandes empresas, nacionales o multinacionales. Pero son también ciudadanos de un país donde la violencia y la corrupción son el pan de cada día. Por lo tanto, y respetando sus diferencias culturales, debemos partir de que son, ante todo, colombianos con deberes y derechos. Frente a las graves dudas planteadas por las instancias oficiales sobre el mal manejo de sus recursos o la penetración terrorista en su movimiento, se necesitan investigaciones serias. Porque a todos nos interesa la verdad, pero, sobre todo, por supuesto, a ellos mismos.

Rasgos y Rasguños

Por Osuna



La convocatoria de Roy

Empate político negativo

RODRIGO UPRIMNY*



COLOMBIA VIVE UNA TRISTE PARADOJA frente al Acuerdo de Paz con las Farc. Seguimos polarizados, pero es posible que todos compartamos un mismo sentimiento de derrota, pues tanto quienes se han opuesto al Acuerdo como quienes lo hemos apoyado sentimos que nos están haciendo conejo.

Muchos de quienes promovieron el No sienten que les han hecho conejo, pues ganaron el plebiscito, y a pesar de eso, el Gobierno y las Farc lograron que el Congreso aprobara el Acuerdo con cambios que consideran menores y cosméticos. Además, cuestionan que, sin que hubiera un nuevo plebiscito, el *fast track* fue activado con el aval de la Corte Constitucional y el Acuerdo comenzó a ser implementado, lo cual permitió que las Farc comenzaran a hacer política, sin haber rendido cuentas a la justicia por sus crímenes. A ello añaden que en 2018 muchos de ellos votaron por Duque, quien había prometido ajustes importantes al Acuerdo; y volvieron a ganar, pues Duque resultó electo. Sin embargo, a pesar de ese triunfo electoral, no ha sido

posible ajustar el Acuerdo.

Muchos de quienes hemos apoyado la paz con las Farc también sentimos que nos están haciendo conejo. Consideramos que respetamos el plebiscito, pues el Acuerdo inicial no fue implementado, sino que fue renegociado y fueron incorporados en un nuevo acuerdo la mayor parte de las propuestas de los promotores del No. Este nuevo Acuerdo fue refrendado masivamente por el Congreso, que es la instancia de representación popular por excelencia, con lo cual, como lo señaló la Corte Constitucional, fue cumplido el requisito que permitía la activación del *fast track*. Esto permitió empezar a implementar, conforme a la Constitución, el Acuerdo, con lo cual las Farc se desmovilizaron, entregaron las armas a la ONU, que verificó la seriedad del proceso, y se transformaron en una fuerza política legal, pero con el compromiso de rendir cuentas por sus crímenes ante la JEP y contribuir plenamente a la verdad. Y sentimos que nos están haciendo conejo, pues, a pesar de todos los desarrollos anteriores, muchas reformas clave no fueron aprobadas por el Congreso (como la reforma rural, la reforma política o las circunscripciones especiales de paz) y el nuevo Gobierno ha frenado la implementación del Acuerdo, como lo muestran sus objeciones a la JEP y la ausencia de financiación de la paz en el Plan de Desarrollo

llo. Y todo eso ocurre mientras numerosos líderes sociales y guerrilleros desmovilizados son asesinados.

Este sentimiento de derrota mutua, acompañado de altos niveles de desencanto y rabia en ambos lados, ocurre mientras los colombianos seguimos polarizados y divididos casi por mitades frente al futuro de la paz. Esto ha llevado, como lo conversamos con Juan Fernando Londoño, a una especie de empate político negativo, pues ni los opositores al Acuerdo de Paz con las Farc logran introducirle los ajustes que desean, ni quienes apoyamos el Acuerdo logramos que su implementación sea rápida y vigorosa, lo cual es necesario si queremos consolidar la paz.

Este empate negativo nos tiene empanzanados y ha incrementado la polarización sobre la paz. El desafío es si logramos convertir este empate negativo en una suerte de empate positivo en que reconozcamos que si seguimos enfrentados la situación es peor para todos, como en el célebre "dilema del prisionero". Y que la mejor salida es que las partes cooperen y logremos un amplio acuerdo político, que incluya a las Farc, sobre qué ajustes pueden hacerse a la paz, a cambio de un compromiso efectivo por una implementación rápida e integral de lo pactado.

* Investigador de Dejusticia y profesor de la Universidad Nacional.